

El destinatario pastoral

Cierto día el diácono Deogracias de Cartago se dirigió a San Agustín para que lo ilumine en su tarea de dar catequesis. El santo le dedica un tratado conocido como “Catechizandis Rudibus” en el que desarrolla cuestiones de metodología y de contenido catequístico. Cuando le recuerda que la lección debe adaptarse a los oyentes dice:

“Ahora tratamos del modo de instruir a los ignorantes; pero cuando catequizo me impresiono distintamente según veo ante mí a un erudito o a un incapaz, a un conocido o a un forastero, a un rico o a un pobre, a un particular o a un funcionario o a un constituido en alguna dignidad; sea según la clase, la edad o el sexo; según proceda de éste o de aquel error o secta; y según esta diferencia de impresiones así también se origina, se desarrolla y termina la lección.

Porque, aun cuando la misma caridad se deba a todos, no a todos se debe dar el mismo remedio. En efecto, la caridad a algunos los engendra en la fe, con otros se enferma, a otros cuida de instruirlos, a otros teme ofenderlos; ante unos se inclina, ante otros se levanta; para algunos es suave, para otros es enérgica; de ninguno enemiga; y para todos madre.”

Creo que esta enseñanza es una de las claves de la teología de la acción eclesial. El contenido es único y revelado: inmutable porque viene de Dios y sólo él puede cambiarlo. El evangelizador es servidor de ese contenido (EN 78). Pero ese contenido tiene que ser digerible por el evangelizado (cfr. 1 Cor 3,1-3; Hbr 5,11- 6,2). A causa de esto desarrollaremos en esta unidad un intento de comprender a quién se tiene por delante en el anuncio del Evangelio: el destinatario pastoral. Para esto iremos tratando de acercarnos desde distintas perspectivas, no excluyentes sino enriquecedoras unas de otras.

1. Todos los hombres

Nos aproximamos a la realidad del ser humano tratándolo bajo dos aspectos. En primer lugar a la **humanidad en general que está bajo el signo de Adán**: el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios pero **alienado por el pecado**.

Luego a la humanidad bajo el signo de Cristo: la acción salvadora transforma totalmente al hombre que se abre por la fe y los sacramentos a una realidad de comunión con el misterio y de plenificación de su existencia. En base a esto tendremos dos tipos de destinatarios distintos. Así aplicamos lo que Juan Pablo II decía en la Redemptoris Missio:

“Las diferencias en cuanto a la actividad dentro de esta misión de la Iglesia, nacen no de razones intrínsecas a la misión misma, sino de las diversas circunstancias en las que ésta se desarrolla. Mirando al mundo actual, desde el punto de vista de la evangelización, se pueden distinguir tres situaciones.” (RM33)

Bajo el signo de Adán

“La **actividad misionera específica, o misión ad gentes**, tiene como destinatarios «a los pueblos o grupos humanos que todavía no creen en Cristo», «a los que están alejados de Cristo», entre los cuales la Iglesia «no ha arraigado todavía», y cuya cultura no ha sido influenciada aún por el Evangelio. Esta actividad se distingue de las demás actividades eclesiales, porque **se dirige a grupos y ambientes no cristianos**, debido a la ausencia o insuficiencia del anuncio evangélico y de la presencia eclesial. Por tanto, se caracteriza como tarea de anunciar a Cristo y a su Evangelio, de edificación de la Iglesia local, de promoción de los valores del Reino. La peculiaridad de esta misión ad gentes está en el hecho de que se dirige a los «no cristianos». Por tanto, hay que evitar que esta «responsabilidad más específicamente misionera que Jesús ha confiado y diariamente vuelve a confiar a su Iglesia», se vuelva una flaca realidad dentro de la misión global del Pueblo de Dios y, consiguientemente, descuidada u olvidada.” (34)

Bajo el signo de Cristo

“En primer lugar, aquella a la cual se dirige la actividad misionera de la Iglesia: pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. Esta es propiamente la misión ad gentes.

Hay también comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas; tienen un gran fervor de fe y de vida; irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y sienten el compromiso de la misión universal. En ellas se desarrolla la **actividad o atención pastoral** de la Iglesia.

Se da, por último, una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, pero a veces también en las Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso es necesaria una «**nueva evangelización**» o «reevangelización».(33)

La cuestión de las diferencias de las acciones no es tan evidente

“Por lo demás, **no es fácil definir los confines entre atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica, y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados**. No obstante, es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio y por la fundación de nuevas Iglesias en los pueblos

y grupos humanos donde no existen, porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia, que ha sido enviada a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra. Sin la misión ad gentes, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar.

Hay que subrayar, además, una real y creciente interdependencia entre las diversas actividades salvíficas de la Iglesia: cada una influye en la otra, la estimula y la ayuda. El dinamismo misionero crea intercambio entre las Iglesias y las orienta hacia el mundo exterior, influyendo positivamente en todos los sentidos. Las Iglesias de antigua cristiandad, por ejemplo, ante la dramática tarea de la nueva evangelización, comprenden mejor que no pueden ser misioneras respecto a los no cristianos de otros países o continentes, si antes no se preocupan seriamente de los no cristianos en su propia casa. La misión ad intra es signo creíble y estímulo para la misión ad extra, y viceversa." (34)

2. Todo el hombre

Si bien el destinatario de la evangelización es siempre es la persona concreta, no hay que olvidar que esta tiene distintas dimensiones a las cuales el mensaje cristiano debe llenar. Nos parece muy buena la presentación de estas dimensiones que realiza la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, que los invito a leer (no es obligatorio, pero es [muy bueno que lo hagan: desde el número 11 al 39](#)).

Simplemente aquí les comento de manera breve todas las características humanas que debe tocar y transformar el mensaje del Evangelio. Para presentar a la humanidad el Concilio desarrolla 3 aspectos fundamentales: la **persona** humana integrada en **comunidad** que realiza **actividades** (cultura).

a.- La persona humana

Lo primero a considerar es al ser humano como persona que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, caído en el pecado y redimido por Cristo. Un ser que es el centro de la creación y l cual le fue regalado el mundo para que lo domine.

Dios no creó al hombre en solitario. **Desde el principio los hizo hombre y mujer** (Gen 1,27). Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, **un ser social**, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás.

El pecado consiste en servir a la criatura y no al Creador. Es una realidad que podemos conocer en nosotros. Cuando examinamos nuestro corazón, comprobamos nuestra **inclinación al mal** y nos sentimos anegados por muchos males, que no pueden tener origen en el santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación.

Es esto lo que explica la **división íntima del hombre**. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como **lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas**. Más todavía, el hombre se nota incapaz de dominar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo (cf. Jo 12,31), que le retenía en la esclavitud del pecado. **El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud**.

Constitución del hombre

En la **unidad de cuerpo y alma**, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador. No debe, por tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, **debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo**, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día. Herido por el pecado, experimenta, sin embargo, la **rebelión del cuerpo**. La propia dignidad humana pide, pues, que glorifique a Dios en su cuerpo y no permita que lo esclavicen las inclinaciones depravadas de su corazón.

No se equivoca el hombre al afirmar **su superioridad sobre el universo material** y al considerarse no ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana. Por **su interioridad** es, en efecto, superior al universo entero; a esta profunda interioridad retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones, y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino. Al afirmar, por tanto, en sí mismo **la espiritualidad y la inmortalidad de su alma**, no es el hombre juguete de un espejismo ilusorio provocado solamente por las condiciones físicas y sociales exteriores, sino que toca, por el contrario, la verdad más profunda de la realidad.

Dignidad de la inteligencia, verdad y sabiduría

Tiene razón el hombre, **participante de la luz de la inteligencia divina**, cuando afirma que por virtud de su inteligencia es superior al universo material. Con el ejercicio infatigable de su ingenio a lo largo de los siglos, la humanidad ha realizado **grandes avances en las ciencias positivas, en el campo de la técnica y en la esfera de las artes liberales**. Pero en nuestra época ha obtenido éxitos extraordinarios en la investigación y en el dominio del mundo material. Siempre, sin embargo, ha buscado y ha encontrado una verdad más profunda. **La inteligencia no se ciñe solamente a los fenómenos. Tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza, aunque a consecuencia del pecado esté parcialmente oscurecida y debilitada**.

Conciencia moral y libertad

En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de **una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer**, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe **amar y practicar el bien y que debe evitar el mal**: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una **ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente**. La conciencia es el **núcleo más secreto y el sagrario del hombre**, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más

íntimo de aquélla. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo.

La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad. No rara vez, sin embargo, ocurre que yerra la **conciencia por ignorancia invencible**, sin que ello suponga la pérdida de su dignidad. Cosa que no puede afirmarse cuando el hombre se despreocupa de buscar la verdad y el bien y la conciencia se va progresivamente entenebreciendo por el hábito del pecado.

La orientación del hombre hacia el bien sólo se logra con el uso de la libertad, la cual posee un valor que nuestros contemporáneos ensalzan con entusiasmo. Y con toda razón. Con frecuencia, sin embargo, la fomentan de forma depravada, como si fuera pura licencia para hacer cualquier cosa, con tal que deleite, aunque sea mala. La verdadera libertad es **signo eminente de la imagen divina en el hombre**. Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión para que así busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a éste, alcance la plena y bienaventurada **perfección**.

La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal **y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa**. El hombre logra esta dignidad cuando, **liberado totalmente de la cautividad de las pasiones**, tiende a su fin con la libre elección del bien y se procura medios adecuados para ello con eficacia y esfuerzo crecientes. La libertad humana, herida por el pecado, para dar la máxima eficacia a esta ordenación a Dios, ha de apoyarse necesariamente en la gracia de Dios. Cada cual tendrá que **dar cuenta de su vida ante el tribunal de Dios** según la conducta buena o mala que haya observado.

b.- La comunidad

Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que **los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios**, quien hizo de uno todo el linaje humano y para poblar toda la haz de la tierra (Hch 17,26), y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo.

Por lo cual, **el amor de Dios y del prójimo es el primero y el mayor mandamiento**. La Sagrada Escritura nos enseña que el amor de Dios no puede separarse del amor del prójimo: ... cualquier otro precepto en esta sentencia se resume: Amarás al prójimo como a ti mismo. El amor es el cumplimiento de la ley (Rom 13,9-10; cf. 1 Jn 4,20). Esta doctrina posee hoy extraordinaria importancia a causa de dos hechos: la creciente interdependencia mutua de los hombres y la unificación asimismo creciente del mundo.

Más aún, el Señor, cuando ruega al Padre que todos sean uno, como nosotros también somos uno (Jn 17,21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una **cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad**. Esta semejanza demuestra que **el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás**.

Interdependencia entre la persona humana y la sociedad

La índole social del hombre demuestra que el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados. Porque **el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana**, la cual, por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social. **La vida social no es, pues, para el hombre sobrecarga accidental**. Por ello, a través del trato con los demás, de la reciprocidad de servicios, del diálogo con los hermanos, la vida social engrandece al hombre en todas sus cualidades y le capacita para responder a su vocación.

La promoción del bien común

La interdependencia, cada vez más estrecha, y su progresiva universalización hacen que el **bien común -esto es, el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección-** se universalice cada vez más, e implique por ello derechos y obligaciones que miran a todo el género humano. **Todo grupo social debe tener en cuenta las necesidades y las legítimas aspiraciones de los demás grupos**; más aún, debe tener muy en cuenta el **bien común de toda la familia humana**.

Crece al mismo tiempo la conciencia de la excelsa dignidad de la persona humana, de su superioridad sobre las cosas y de sus derechos y deberes universales e inviolables. Es, pues, necesario que **se facilite al hombre todo lo que éste necesita para vivir una vida verdaderamente humana, como son el alimento, el vestido, la vivienda, el derecho a la libre elección de estado ya fundar una familia, a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a una adecuada información, a obrar de acuerdo con la norma recta de su conciencia, a la protección de la vida privada y a la justa libertad también en materia religiosa**.

El orden social, pues, y su progresivo desarrollo deben en todo momento **subordinarse al bien de la persona**, ya que el orden real debe someterse al orden personal, y no al contrario. El propio Señor lo advirtió cuando dijo que el sábado había sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. **El orden social hay que desarrollarlo a diario, fundarlo en la verdad, edificarlo sobre la justicia, vivificarlo por el amor. Pero debe encontrar en la libertad un equilibrio cada día más humano**. Para cumplir todos estos objetivos hay que proceder a una renovación de los espíritus y a profundas reformas de la sociedad.

El respeto a la persona humana

Descendiendo a consecuencias prácticas de máxima urgencia, el Concilio inculca el respeto al hombre, de forma de cada uno, sin excepción de nadie, debe **considerar al prójimo como otro yo, cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente**, no sea que imitemos a aquel rico que se despreocupó por completo del pobre Lázaro.

En nuestra época principalmente urge la obligación **de acercarnos a todos y de servirlos con eficacia** cuando llegue el caso, ya se trate de ese anciano abandonado de todos, o de ese trabajador extranjero despreciado injustamente, o de ese desterrado, o de ese hijo ilegítimo que debe aguantar sin razón el pecado que él no cometió, o de ese hambriento que recrimina nuestra conciencia recordando la palabra del Señor: Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis. (Mt 25,40).

No sólo esto. **Cuanto atenta contra la vida** -homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado-; cuanto viola la integridad de la persona humana, como, por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; **cuanto ofende a la dignidad humana**, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de

jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana: **todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador.**

c.- La actividad humana

Siempre se ha esforzado el hombre con su trabajo y con su ingenio en perfeccionar su vida; pero en nuestros días, gracias a la **ciencia y la técnica**, ha logrado dilatar y sigue dilatando el campo de su dominio sobre casi toda la naturaleza, y, con ayuda sobre todo el aumento experimentado por los diversos medios de intercambio entre las naciones, la familia humana se va sintiendo y haciendo una única comunidad en el mundo. De lo que resulta que gran número de bienes que antes el hombre esperaba alcanzar sobre todo de las fuerzas superiores, hoy los obtiene por sí mismo.

Ante este gigantesco esfuerzo que afecta ya a todo el género humano, surgen entre los hombres muchas preguntas. **¿Qué sentido y valor tiene esa actividad? ¿Cuál es el uso que hay que hacer de todas estas cosas? ¿A qué fin deben tender los esfuerzos de individuos y colectividades?** La Iglesia, custodio del depósito de la palabra de Dios, del que manan los principios en el orden religioso y moral, sin que siempre tenga a manos respuesta adecuada a cada cuestión, desea unir la luz de la Revelación al saber humano para iluminar el camino recientemente emprendido por la humanidad.

Valor de la actividad humana

Una cosa hay cierta para los creyentes: **la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios.** Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo.

Esta enseñanza vale igualmente para los quehaceres más ordinarios. Porque los hombres y mujeres que, mientras procuran el sustento para sí y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia.

Los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el Creador, están, por el contrario, persuadidos de **que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio.** Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva. De donde se sigue que el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo si los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo.

Ordenación de la actividad humana

La actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues éste con su acción no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y se trasciende. Tal superación, rectamente entendida, es más importante que las riquezas exteriores que puedan acumularse. **El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene.** Asimismo, cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un más humano planteamiento en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos. Pues dichos progresos pueden ofrecer, como si dijéramos, el material para la promoción humana, pero por sí solos no pueden llevarla a cabo.

Por tanto, está es la **norma de la actividad humana:** que, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, **sea conforme al auténtico bien del género humano y permita al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación.**

La justa autonomía de la realidad terrena

Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia.

Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, **todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado,** que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. **Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios.** Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe.

Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, **por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida.**

Tierra nueva y cielo nuevo

Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero **Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia,** y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que

fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas, que Dios creó pensando en el hombre.

Se nos advierte que **de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien aliviar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo.** Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios.

Pues **los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal:** "reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz". **El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección.**

3. El sujeto eclesial deriva de su pertenencia

Tanto la Atención Pastoral como la Nueva Evangelización hacen referencia a la acción apostólica cuyo sujeto pertenece a la Iglesia. Es muy útil distinguir entre pertenencia y participación ya que se lo suele confundir. Partamos, haciendo pié desde las enseñanzas conciliares. La Lumen Gentium habla de la pertenencia a la Iglesia en tres "grados" que denomina de aquellos que tienen **pertenencia plena**; lo que tienen **pertenencia "no plena"** y aquellos que **"se ordenan a" la Iglesia**:

"Todos los hombres son llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que simboliza y promueve paz universal, y **a ella pertenecen o se ordenan** de diversos modos, sea los fieles católicos, sea los demás creyentes en Cristo, sea también todos los hombres en general, por la gracia de Dios llamados a la salvación." (LG13)

a.- Pertenencia plena

"A esta sociedad de la Iglesia están **incorporados plenamente** quienes, poseyendo el Espíritu de Cristo, **aceptan la totalidad** de su organización y todos los medios de salvación establecidos en ella, y en su cuerpo visible están unidos con Cristo, el cual la rige mediante el Sumo Pontífice y los Obispos, por los vínculos de la **profesión de fe**, de los **sacramentos**, del **gobierno y comunión eclesial**."(LG14)

b.- Pertenencia no plena

"La Iglesia **se reconoce unida** por muchas razones con quienes, estando bautizados, se honran con el nombre de cristianos, pero no profesan la fe en su totalidad o no guardan la unidad de comunión bajo el sucesor de Pedro." (LG 15)

"Pues hay muchos que honran la **Sagrada Escritura** como norma de fe y vida, muestran un sincero celo religioso, **creen** con amor en Dios Padre todopoderoso y en Cristo, Hijo de Dios Salvador; están sellados con el **bautismo**, por el que se unen a Cristo, y además aceptan y reciben **otros sacramentos** en sus propias Iglesias o comunidades eclesiales. Muchos de entre ellos poseen el **episcopado**, celebran la **sagrada Eucaristía** y fomentan la **piEDAD hacia la Virgen**, Madre de Dios. Añádase a esto la **comunión de oraciones** y otros beneficios espirituales, e incluso **cierta verdadera unión en el Espíritu Santo**, ya que El ejerce en ellos su **virtud santificadora con los dones y gracias** y a algunos de entre ellos los fortaleció hasta la **efusión de la sangre**." (LG 15)

c.- "Se ordenan a".

Hace la Lumen Gentium esta enumeración, partiendo por quienes tienen cercanía con nosotros porque compartimos el Antiguo Testamento, **los judíos**:

"En primer lugar, **aquel pueblo que recibió los testamentos y las promesas** y del que Cristo nació según la carne (cf. Rom 9,4-5). Por causa de los padres es un pueblo amadísimo en razón de la elección, pues Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación (cf. Rom 11, 28-29).

Pero el designio de salvación abarca también a los que reconocen al Creador, entre los cuales están en primer lugar **los musulmanes**, que, confesando adherirse a la fe de Abraham, adoran con nosotros a un Dios único, misericordioso, que juzgará a los hombres en el día postrero." (LG 16)

Continúa con aquellos que podríamos denominar muy rápidamente como **"paganos"**:

"Ni el mismo Dios está lejos de **otros que buscan en sombras e imágenes al Dios desconocido**, puesto que todos reciben de Él la vida, la inspiración y todas las cosas (cf. Hch 17,25-28), y el Salvador quiere que todos los hombres se salven (cf. 1 Tm 2,4). Pues quienes, **ignorando sin culpa** el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el **juicio de la conciencia**, pueden conseguir la salvación eterna." (LG 16)

Dos conceptos que no se deben dejar pasar por alto. Primero el de "ignorando sin culpa". El segundo, "el juicio de la conciencia" que se debe seguir como norma de vida: allí Dios nos habla en lo profundo y nos ayuda a distinguir lo bueno de lo malo y a elegir lo primero. También se hace referencia a otra parte de la humanidad:

"Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación **a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios** y se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de

Dios. **Cuánto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación del Evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan la vida.**” (LG 16)

A las dos características que dijimos con respecto del grupo anterior, se suma otra cuestión que es muy antigua en la reflexión católica: descubrir en el “mundo no eclesial” semillas del Verbo que preparan la aceptación del Evangelio.

Creemos que a estas diferenciaciones que hace el Concilio son muy importantes recordarlas. Esto porque muchas veces, para comprender quienes son parte de la Iglesia, podemos utilizar solamente el **criterio de participación en la vida eclesial** y así únicamente hacemos referencia a la atención pastoral de quienes tienen pertenencia “plena”. Así olvidamos los de la segunda instancia (enmarcados en lo que denominamos **ecumenismo**) y los de la tercera (frente a los cuales tenemos **diálogo interreligioso o misión “ad gentes”**). En el mundo plural que se sitúa nuestra realidad pastoral estos son ámbitos que debemos trabajar cada vez más. Y si no lo planteamos teóricamente corremos el riesgo de olvidarlos. Según las encuestas, variando de parroquia en parroquia, estas dos realidades suman un 25 % de los habitantes del territorio parroquial en cualquier parte de la Argentina. Aparecida (226) da indicaciones interesantes, sobre todo referente al proceder con aquellos que tienen pertenencia no plena.

Sigamos avanzando con la reflexión acerca de la **“pertenencia plena” a la Iglesia. Dentro de dicha pertenencia plena, se pueden distinguir tres modos de participación dentro de la vida eclesial.** Estamos suponiendo, de acuerdo a las encuestas que manejamos, que del total de los habitantes de un territorio parroquial un 75 % son católicos. Ellos pertenecen a la parroquia, pero participan de tres maneras distintas.

a.- Participación ministerial

En un sentido muy amplio del término ministerio, hacemos aquí referencia a aquellos que cumplen servicios en el interior de nuestras comunidades, ya sea a través de ministerios (ordenados, instituidos o espontáneos) o la participación de grupos parroquiales. Son los que reciben el nombre más preciso de “agentes pastorales” o el menos preciso (y peyorativo hacia el resto) de “comprometidos”. En números, normalmente rondan en el 1% de los fieles territoriales.

b.- Participación sacramental

También en sentido muy amplio, nos referimos aquí a los que participan regularmente de las celebraciones eucarísticas dominicales con una frecuencia por lo menos mensual. Son los católicos “de misa” que hacen el aporte del 100x1, aportan a la colecta de Caritas, suelen sumarse a algún retiro espiritual, curso de formación... pero no siempre ni de manera masiva. Somos felices si llegan a ser el 10% de los fieles territoriales. Es muy importante no olvidar que la espiritualidad laical mira, en primer término, a la construcción del mundo y luego, en segundo término, a la participación ministerial en la comunidad (Cfr. Christifideles laici). Por lo tanto, esta participación sacramental de la vida parroquial refleja la identidad de lo que está llamada a ser una parroquia como madre que alimenta la vida espiritual de sus hijos.

c.- Participación popular

Ponemos dentro de este apartado a todos los bautizados que afirman ser católicos. Son quienes bautizan y mandan a sus hijos a la catequesis; suelen pedir la bendición de sus casas u objetos religiosos; participan (a su manera) de las fiestas de Navidad y Pascual... Dentro de este ámbito estaría el 89% de los católicos del territorio parroquial.

El término “popular” que aquí utilizamos tiene de trasfondo el contenido que le dio la reflexión teológica argentina de los años 70 y 80 y que está en la base de los documentos de Puebla, Aparecida y Evangelii Gaudium. Se habla allí de un catolicismo popular y de una religiosidad (piedad) popular. Aparecida sitúa a la religiosidad popular dentro de los lugares de encuentro con Jesucristo y la trata de “espiritualidad” y “mística” popular, así que la cosa es algo mucho más seria en su identidad para ser calificado como “ocasional”. Este ámbito de participación tiene que ver con lo que se ha denominado “evangelización de la cultura” y manifiesta maneras de proceder relacionadas con la caridad cristiana vivida y con expresiones de fe auténticamente cristianas. Por lo tanto **no es una manera de pertenecer “no plena” o de aquellos que “se ordenan a”. Ellos están, a “su manera”, pero están.** Nos toca comprenderlos y ayudarlos a dar pasos en el crecimiento de la fe que tienen respetando lo que de valioso (aunque no “institucional”) que poseen. Si los denominamos peyorativamente como “católicos ocasionales” entonces desde la misma partida suponemos que hay que hacer con ellos un trabajo casi de “misión ad gentes” (es decir, con los que “se ordenan a”).

Es importante darnos cuenta de que **los modos de participación no tienen que ver necesariamente con grados de fe o una fe más pura o impura.** Si quieren comprender algo más sobre lo que significa creer, [pueden leer este artículo](#) (no es obligatorio).

Su etapa al itinerario espiritual

También nos aprovecha para comprender al sujeto aquello que desarrolla la Teología Espiritual acerca de las etapas de la vida espiritual. El destinatario concreto también está pasando por una etapa determinada y la acción evangelizadora debe destinarse a alimentarlo en sus necesidades concretas del momento: no será la misma acción

para alguien que está en proceso de conversión que para alguien que es **principiante, caminante o crecido**. No debemos confundir estas etapas con la forma de participación eclesial que anteriormente desarrollamos.

Tomás de Aquino nos enseña a distinguir diversos grados de la caridad (amor) según las preocupaciones dominantes que se imponen al hombre con su crecimiento.

En primer lugar, la preocupación primordial del hombre debe ser apartarse del pecado y resistir a las concupiscencias que le mueven en sentido contrario al de la caridad. Es la ocupación de los **principiantes**, cuya caridad se debe nutrir y fomentar para que no se pierda.

Después de ésta viene una segunda preocupación, que es trabajar principalmente para progresar en el bien. Esta preocupación es la propia de los **caminantes**, que se esfuerzan principalmente en robustecer la caridad por el crecimiento.

Llega, por fin, un tercer grado en el que la preocupación del hombre va encaminada principalmente a unirse con Dios y a gozar de Él. Es el grado de los **crecidos**, los cuales desean morir y estar con Cristo.

Esto que este santo teólogo utiliza para comprender los grados del amor, lo podemos proyectar a los distintos niveles de la vida del creyente.

Saber en qué estado espiritual está el destinatario de la evangelización nos ayuda a proponerles el alimento justo que necesita para esa etapa que está transitando.

4. Aproximación desde una opción:

No se puede hacer todo al mismo tiempo y con la misma intensidad. Por eso la Iglesia, en su acción evangelizadora, tiene opciones pastorales. Las mismas no son excluyentes, pero encaminan de manera concreta el apostolado.

a. Opción Fundamental: el prójimo

La acción pastoral de la Iglesia siempre se realiza con quién Dios "casualmente" pone por delante. Así debe ser una concreción del amor al prójimo que mandara Jesús a su comunidad.

"Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres." (DCE 19) "El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor." (DCE 20)

Esta es la norma de toda acción eclesial. Incluso la misión ad gentes comienza con un primer paso: hacerse prójimo con el destinatario (ya sea con la oración por ellos, con la colaboración económica para el sostenimiento de la obra o con la partida para generar el encuentro).

b. Al encuentro de las periferias existenciales, sociales y espirituales

Sobre esto podríamos decir muchas cosas y extendernos largamente, pero sólo quiero compartirles un poco, para que comiencen a profundizar luego sobre el tema

Jorge Bergoglio, en su intervención durante las Congregaciones generales previas al Cónclave que lo eligieron como Papa Francisco, afirmó que: "la Iglesia está llamada a **salir de sí misma e ir hacia las periferias**, no sólo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria." (9 de marzo de 2013)

Siendo ya Pontífice nos escribió: "Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras. Nos lleva allí donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. ¡Dios no tiene miedo! ¡No tiene miedo! Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no le teme a las periferias. Él mismo se hizo periferia (cf. Flp 2,6-8; Jn 1,14). Por eso, si nos atrevemos a llegar a las periferias, allí lo encontraremos, él ya estará allí. Jesús nos primerea en el corazón de aquel hermano, en su carne herida, en su vida oprimida, en su alma oscurecida. Él ya está allí." (GE 135)

En la catequesis del 27/3/12 nos invitaba a "aprender a salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los demás, para ir hacia las periferias de la existencia, movernos nosotros en primer lugar hacia nuestros hermanos y nuestras hermanas, sobre todo aquellos más lejanos, aquellos que son olvidados, que tienen más necesidad de comprensión, de consolación, de ayuda. ¡Hay tanta necesidad de llevar la presencia viva de Jesús misericordioso y rico de amor!"

Por último, en la Evangelii Gaudium nos decía la Iglesia que quería. "**La Iglesia 'en salida' es una Iglesia con las puertas abiertas**. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es

como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad." (46)

"Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que «no tienen con qué recompensarte» (Lc 14,14). No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, «los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio»[52], y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos." (48)

Para delimitar el concepto de periferia lo adjetivamos con tres calificaciones: existenciales, sociales y espirituales. De lo citado de Francisco podemos comprender estas 3 calificaciones. Te invito a hacer esta tarea, pensando en tu realidad concreta y poniendo rostros a cada una de estas tres realidades.

5. Focalizar al destinatario concreto

El marketing nos ofrece un concepto interesante: la segmentación de consumidores. Más allá que sus técnicas sean para lograr que los “destinatarios” “consuman” algún producto, podemos utilizar sus percepciones para enriquecer esta parte de la teología pastoral. Aquello de “asumir, purificar y elevar” los elementos culturales en la evangelización lo debemos hacer aquí, bajo el riesgo de quedarnos en la utilización de técnicas despersonalizantes para lograr resultados exitosos. Salvado este aspecto, tratemos de reflejar cómo se lleva a cabo el proceso que señalamos al principio.

La segmentación implica dividir el mercado de consumidores potenciales en subgrupos homogéneos. Estos subgrupos pueden distinguirse según sus modelos de conducta, actitudes, características demográficas, perfil psicográfico y otros factores por el estilo, diría un manual. Para esto hay algunos criterios para “discriminar”:

Edad

Es tal vez la variable más usada para la segmentación. Los grupos se describen en términos de categorías de edad como las que se utilizan para el censo. Debemos pedir prestada a la psicología para determinar el perfil de cada estrato etario. Si no tenemos en cuenta esta variable podrían fracasar nuestras buenas intenciones, por ejemplo, al preparar un retiro espiritual a niños de 11 años con el contenido propio de un adulto joven de 40.

Hay muchos estudios que nos aproximan a las características de la persona de acuerdo a su edad actual. Te paso estos links de la Wikipedia para que tengas una idea de sus características y puedas comenzar a investigar a partir de eso. Se habla de grupos que por su edad actual se denominan: [Baby boomer](#); [Generación X](#), [Millenials](#) (generación y); [Generación Z](#) (centenials) y [Generación T](#) (alfa).

Clase social

Este factor es también importante al momento de decidir la manera de llevar adelante una acción evangelizadora. Distinguir entre distintas pertenencias a clases sociales no debe ser un motivo para discriminar (en el sentido de hacer acepción de personas) o fomentar el odio y la lucha de clases (al estilo de alguna de las teologías de la liberación). Es simplemente constatar que cada clase en particular tiene determinadas aspiraciones que predisponen a determinadas acciones. El Evangelio es tan rico que es capaz de brindar a todos aquello que de bien en su corazón buscan.

Género

Los autores dicen que hay pruebas sustanciales de que los hombres y las mujeres responden de un modo diferente a los mensajes. Suponen que estas diferencias en parte sean por la socialización propia de cada género y, por otra parte, se cree también que son biológicas.

Geografía

El paisaje conforma al ser humano en una determinada forma de ser. No es el mismo comportamiento de un habitante de la cordillera que el de la pampa húmeda. Debemos distinguir también entre quién vive en el campo, en un pueblo o en una ciudad pequeña, mediana o grande.

6. La conversión como objetivo de la acción eclesial

Aparecida nos recuerda que "el anuncio de Jesucristo siempre llama a la conversión, que nos hace participar del triunfo del Resucitado e inicia un camino de transformación." (351)

"La conversión es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su amigo e ir tras de Él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida." (278)

Por este motivo "en nuestra Iglesia debemos ofrecer a todos nuestros fieles un “encuentro personal con Jesucristo”, una experiencia religiosa profunda e intensa, un anuncio kerigmático y el testimonio personal de los evangelizadores, que lleve a una conversión personal y a un cambio de vida integral."(226)